

"Si yo no te lavo, no podrás compartir mi suerte"

Apuntes de +Carmelo Juan Giaquinta, para la homilía del Jueves Santo, 01/04/2010, sobre Jn 13,1-15, en la Abadía Niño Dios, Victoria (ER).

I. "Los amó hasta el fin"

1. Después de la homilía, dramatizaremos el gesto de Jesús de lavar los pies a sus discípulos. Conviene que, por la fe y el amor, captemos la profundidad del mismo. Las palabras con que se inicia el relato nos dan la clave para entenderlo: *"Antes de la fiesta de Pascua, sabiendo Jesús que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, él, que había amado a los suyos que quedaban en el mundo, los amó hasta el fin" (Jn 13,1).*

2. Prestemos atención a estas últimas palabras: *"los amó hasta el fin"*. No se trata sólo del amor que Jesús tuvo hasta el último día de su vida mortal, sino del colmo de su amor. ¿Y cuál es el colmo de su amor? Él mismo lo dijo al explicar su gesto: *"¿Comprenden lo que acabo de hacer con ustedes? Ustedes me llaman Maestro y Señor, y tienen razón, porque lo soy. Si yo que soy el Señor y el Maestro, les he lavado los pies, ustedes también deben lavarse los pies mutuamente" (vv. 12-14).*

En la antigüedad, lavar los pies era un gesto de hospitalidad de los dueños de casa para con los visitantes. Pero lavar los pies de los señores era tarea de los esclavos. Es esto lo que Jesús simboliza al levantarse de la mesa, sacarse el manto, ceñirse una toalla a la cintura, echar agua en un recipiente, y empezar a lavar y a secar los pies de sus discípulos. Él, el Señor del mundo, haciendo de esclavo. Este es el colmo de su amor. Esta es la actitud que Jesús quiere también de sus discípulos.

3. Hemos escuchado esta misma lección el domingo de Ramos en el relato de la Pasión según San Lucas. Frente a la discusión de los discípulos *"sobre quién debía ser considerado como el más grande"*, Jesús contrapone su actitud de humildad y servicio: *"¿Quién es más grande, el que está a la mesa o el que sirve? ¿No es acaso el que está a la mesa? Y sin embargo, yo estoy entre ustedes como el que sirve" (Lc 22,24.27).*

4. En este Jueves Santo, ante el ejemplo de Jesús, conviene que examinemos nuestra actitud de vida para con el prójimo, si condice con la que él nos enseña. Pensemos en el prójimo concreto: los miembros de mi comunidad cristiana, de mi familia, de mi trabajo, de mi vecindario, etc.

II. "¿Tú, Señor, me vas a lavar los pies a mi?"

5. Ante el gesto de Jesús, la sorpresa de Pedro fue grande.

E intentó resistirse: *"Tú jamás me lavarás los pies a mí"*. Así hasta que escuchó de Jesús: *"Si yo no te lavo, no podrás compartir mi suerte"*. Entonces Pedro se dio por vencido: *"Señor, ¡no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza!"* (vv. 6.8.9).

6. Casi en vísperas de la Vigilia Pascual, cuando renovaremos las promesas hechas en el bautismo, no podemos dejar de pensar en él. Jesús no nos lavó con un baño cualquiera. Juan Bautista supo distinguir entre su bautismo y el de Jesús: *"Yo los bautizo con agua...; él los bautizará en el Espíritu Santo"* (Lc 3,16).

A fuerza de escuchar palabras tan hondas, su sentido se nos desdibuja. Que Jesús nos lava o bautiza en el Espíritu Santo significa que nos sumerge en él. De este modo, todo nuestro ser - sentimientos, pensamientos, afectos, todo lo que somos y hacemos -, queda empapado y purificado por el Espíritu Santo. Y somos capacitados para vivir una Vida nueva conforme a Jesucristo.

San Pablo, en la carta a los romanos que leeremos en la Vigilia Pascual, nos enseña que, por el bautismo, la muerte y la resurrección de Cristo se realiza espiritualmente en nosotros: *"Por el bautismo fuimos sepultados con él en la muerte, para que así como Cristo resucitó por la gloria del Padre, también nosotros vivamos una Vida nueva"* (Rm 6,4).

III. Vivir hoy nuestro bautismo

7. ¿Vivimos así nuestro bautismo? La experiencia dice que, con frecuencia, lo vivimos con mediocridad. Y a veces, en flagrante contradicción con él. Incluso que, en ocasiones, algunos ministros de la Iglesia somos ocasión de escándalo para propios y extraños.

Sin embargo, así como la negación de Pedro, la traición de Judas y la deserción de los discípulos no disminuyeron el amor de Cristo a los hombres pecadores, y al contrario lo impulsaron a *"amarlos hasta el fin"*, del mismo modo ningún pecado hoy de ningún ministro de la Iglesia, puede ser excusa para no vivir el bautismo, y dejar de creer en Jesucristo o no amarlo con todo el corazón. Al contrario, ha de ser ocasión para comprender a qué grado de deshumanización se puede llegar cuando no se vive conforme al bautismo. Y, a la vez, para comprender que Cristo nunca deja de amar a su Iglesia formada por nosotros, hombres pecadores. Y que gracias al bautismo, por el cual participamos de su muerte y resurrección, siempre podemos vivir una Vida nueva. Como escribió el apóstol Pablo a los cristianos de Éfeso: *"Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella, para santificarla. Él la purificó con el bautismo del agua y la palabra, porque quiso para sí una Iglesia resplandeciente, sin mancha ni arruga y sin ningún defecto, sino santa e inmaculada"* (Ef 5,25-27).